

ACTUALIDAD DE GABRIEL MIRO

CUANDO se conmemora el centenario de un escritor, resulta casi siempre inevitable plantearse una pregunta: ¿es todavía actual la obra de ese autor?, ¿continúan editándose y leyéndose sus libros? Creo recordar que era Eugenio D'Ors quien contraponía los centenarios de la llama, del apasionado y ardiente recuerdo, a aquellos otros helados centenarios que sólo parecían aptos para los ambientes más peyorativamente oficiales y académicos.

En el caso de Gabriel Miró no me atrevería a afirmar que el centenario de su nacimiento vaya a caracterizarse por una resonancia mayoritaria y popular que ya le fuera negada, en vida, al escritor alicantino. Sí, en cambio, me atrevería a suponer que para esas minorías —acrecidas con el paso del tiempo— que siempre gustaron de la excepcional prosa mironiana, para aquellos que le fueron fieles en su tiempo y para los que, sucesores suyos, han mantenido tal fidelidad, generación tras generación, éste va a ser un centenario importante y situable en los antípodas de cualquier helado oficialismo.

Ocurre, además, que el contexto literario o, en más amplia medida, estético en que ese centenario va a celebrarse, parece favorable a la adecuada interpretación y valoración de lo que Miró pudo suponer y sigue suponiendo para nuestras letras.

Si en los años de la literatura comprometida, del realismo social, de los tremendismos al uso, etc., el *modo literario mironiano* pudo parecer anticuado o despegado por inscribirse en el polo opuesto a las corrientes dominantes,



al remitir éstas y al recuperar presencia y acogida las caracterizadas por la primacía de lo estético, la valoración de lo formal, el gusto por la prosa artísticamente trabajada, bien pudiera haberse producido una situación, la más apropiada para un rescate y nueva estimativa de la obra de Gabriel Miró.

Cualquier lector que haya seguido con una mínima atención el sucederse de las tendencias literarias en estos últimos años, recordará datos tan significativos como el de lo que, en la poesía española, supuso el movimiento llamado, con más o menos propiedad o intención irónica, de los *venecianos*. Las extremosidades formalistas que fueron propias del *nouveau roman* o la poderosa entonación barroca de que se ha cargado un muy importante sector de la moderna narrativa hispanoamericana —con nombres como el del recientemente fallecido Lezama Lima— parecen indicar que en las coordenadas del gusto literario dominante ha vuelto a instalarse la atención a esos valores artísticos que tradicionalmente solían asignarse a la *forma*, aun a sabiendas de que no son exclusivos de ella, sino que afectan también al *contenido* o, más bien, a ese dominio integrador y superador de la vieja dualidad, que tiende a resolverse en *estructura*.

A esta luz, la del regreso no a un inane esteticismo o formalismo literario que se desentiende de la agobiante problemática del hombre contemporáneo y sólo se organiza como brillante cobertura de un completo vacío; en esta vuelta, repito, al oficio de escribir entendido como algo más que denuncia o aspaviento, sentido como tarea que implica fundamentalmente una pretensión de belleza, un deseo de perfección formal, en tal contexto la obra miro-niana se configura como un estímulo y un ejemplo admirable.

¿Cómo podrían hoy manejarse, ante esa obra, reproches del tipo de los ya formulados en vida de Gabriel Miró y aun después, que negaban condición de novelas a las de este autor, por su carencia de lo que, tradicionalmente, se entendía por *trama novelesca*? Lo que *Nuestro Padre San Daniel* y *El obispo leproso*, por ejemplo, tengan de sucesión de cuadros, de estampas de increíble belleza, que sólo como tal suma y sucesión se organizan en forma novelesca, no merecería hoy reproche sino adhesión entusiasta. Podrán o no haberse cumplido en su totalidad los vaticinios que Ortega y Gasset formuló en 1925 con referencia al destino de la novela. Uno de ellos, sin embargo, bien podría haberse realizado: la necesidad en que la novela de nuestro siglo se ha visto, tantas veces, para suplir el agotamiento de temas, denunciado por Ortega, con la perfección de la forma, con los refinamientos de la técnica.



La historia de la novela en el siglo XX es, fundamentalmente, la historia de esos refinamientos formales, de técnicas y de estructuras, a que el género ha estado y está sometido. Si, en algún tiempo, pudo hablarse de *desnovelización* con referencia a las obras mironianas, el posterior sesgo del género en las letras europeas y americanas nos ha hecho ver con claridad que en esa aparente *desnovelización* estaba uno de los caminos salvadores del género.

Un lector mínimamente cultivado de nuestros días apenas soportaría —de no ofrecérsela un autor excepcional— una novela en la que primaran los viejos valores asignados al género; es decir, los asentados en el argumento, la intriga, el interés por saber qué ocurrirá luego y cómo acabará todo. Una cosa es que tales valores puedan ser suprimidos tan radicalmente que, con su apagamiento, se produzca también el del interés del lector, y otra bien distinta el que, sin desaparecer del todo, no se configuren como predominantes, sino más bien como subordinados —o, por lo menos, equiparados— a esos otros que afectan a la forma, a la estructura, a la técnica, tal y como hoy suelen importar a zonas, cada vez más amplias, de lectores exigentes.

Son justamente esos lectores los que hoy podrían dar fe de la actualidad de Gabriel Miró. En su obra, como en toda obra literaria, hay algo que no suele escapar a la acción del tiempo y que está destinado, implacablemente, a envejecer. Lo que, en alguna ocasión, consideré muy *sui generis* "neomodernismo" de la prosa mironiana podrá, a veces, parecernos sometido a esa acción envejecedora que, paradójica, irónicamente, ha afectado a todos los sedicentes o reconocibles "modernismos" artísticos.

Pero, al mismo tiempo, la peculiar modulación barroca con que tal "neomodernismo" mironiano se configuró, podría asegurarle la nueva valoración que, por obra y gracia de ese significativo sector de la narrativa hispanoamericana que antes citábamos, ha alcanzado a toda expresión artística que, de una u otra forma, se oriente hacia nuestra gran tradición barroca.

En este sentido, no creo que pueda interpretarse como oportunismo de centenario, el hablar ahora de la actualidad de Miró, como escritor legítimamente allegable a unas tendencias que hoy todos solemos interpretar y disfrutar en clave barroca.

Quienes, hace ya bastantes años, pudieron censurar el que en las novelas de Miró *apenas pasaba nada* —y sí que pasaban cosas, a despecho del aparente estatismo, inmovilidad pictórica o pretendida falta de acción en tales



obras—, mal podrían hoy repetir tal censura, so pena de extenderla a tantas y tantas manifestaciones de la novelística, aquejada aparentemente de la misma carencia: su falta de acción, su estatismo.

¿A quién podría hoy sorprender el que, en novelas como las antes citadas de Miró —*Nuestro Padre San Daniel* y *El obispo leproso*—, encontremos no tanto un protagonista o protagonistas centrales, a la manera de la vieja novelística, como casi un protagonista colectivo, dado por los diferentes personajes olecenses que desfilan por el relato? Desde Jules Romains a Sartre, pasando por Dos Passos y llegando a Cela y a tantos otros autores de nuestros días, estamos más que acostumbrados al desplazamiento de los tradicionales héroes novelescos por las colectividades —más o menos amplias, según los casos— como protagonistas.

Recuérdese, finalmente, cómo la entonación poética de que, tantas veces, se cargan los relatos de Miró, no podría hoy ser considerada como un rasgo negativo. El libro de Ralph Freedman, *The Lyrical Novel*, nos ha enseñado no pocas cosas importantes sobre la posibilidad que posee la novela “para acercarse a la función de un poema”.

Hechos como los últimamente reseñados —por no citar sino los de más bulto y más fácilmente captables por cualquier lector— nos hacen ver que el paso del tiempo no ha despojado a la obra mironiana de sus más esenciales valores; por el contrario, los ha acrecido, al permitirnos verlos y gozarlos bajo las nuevas luces que suponen algunas de las más significativas tendencias literarias de nuestros días.

Desde este rincón literario que es MONTEAGUDO y su vinculación a Murcia —a esa tierra que tan bella presencia tiene en las páginas mironianas, a través de uno de sus más indiscutibles símbolos: el ángel de Salzillo— es grato conmemorar el centenario de Gabriel Miró, con la seguridad de que su espléndida prosa es aún y va a ser durante mucho tiempo, un poderoso fuego al que todos podemos acercarnos, para de él extraer luz y calor, para, con esa claridad, sentir mejor la hermosura del mundo, la belleza del paisaje y del hacer de los hombres.

